

Novela Merced a su inmarchitable frescura, los lectores pueden disfrutar ahora de las dos obras mayores de Stephen Vizinczey, recuperadas

El adalid de las pasiones activas

Stephen Vizinczey
En brazos de la mujer madura
Traducción de Ana María de la Fuente

RBA
256 PÁGINAS
5,50 EUROS

Un millonario inocente
Traducción de Ana María de la Fuente

RBA
576 EUROS
7,50 EUROS

CARLES BARBA
Decía Stendhal que ponerse a escribir una obra literaria ambiciosa equivale a comprar un billete de lotería para la posteridad. No sabemos si Stephen Vizinczey (Kalo, Hungría, 1933), que ha escrito dos, será leído en el 2050 o el 2100, pero podemos asegurar que tanto *En brazos de la mujer madura* (1965) como *Un millonario inocente* (1983), reeditadas ahora por RBA, se disfrutan aún como dos novelas de inmarchitable frescura. En los últimos cuarenta años, este autor sólo ha publicado tres narraciones (*El hombre del toque mágico* completa el lote) y para el año que viene está anunciada su cuarta novela, *Wishes*.

Una buena manera de introducir a Vizinczey puede ser definirle como un hombre nacido y criado en Hungría, formado intelectualmente por los novelistas franceses y rusos del XIX, y que se forja como escritor cuando, exiliado de la revolución de su país en 1956, pisa América (Canadá) y adopta la lengua in-

Stendhaliana es por ejemplo la creencia de que las mujeres son las mayores maestras de la vida. En su *Vida de Henri Brulard* Stendhal afirma que su peripecia puede resumirse en las iniciales de once hembras y en las locuras que ellas le han inducido a cometer. Idéntica moral subyace en *En brazos de la mujer madura*, donde Andrés Vajda se hace hombre a partir de escarceos con una decena de féminas cuarentonas. Stendhaliana es también (y balzaquiana, según se mire) la *chasse du bonheur* que empuja al Vajda y al Niven de las novelas vizinczeyanas, y su determinación y arrojo en conseguir los objetivos que se marcan (conquistar mujeres o localizar un tesoro hundido).

La pasión de la libertad, la pasión del amor, la pasión de devenir alguien, marcan en todo momento la singladura de nuestro autor, y en eso se revela también émulo de sus maestros. Stendhal se miró siempre en Napoleón. Balzac quiso ser el Cuvier de la novelística, Vi-

editoriales sin conseguir que la contraten. Termina publicándola de su bolsillo, jugándose el todo por el todo, con la fe en sí mismo de un Julian Sorel o un Lucien de Rubempré. Su apuesta acaba cosechando réditos: el poeta Earley Birney y el crítico Northrop Frye leen el libro, se entusiasman con él, y despiertan con ello el interés de un consagrado inglés, Graham Greene, que se suma al aplauso. A partir de ahí la novela seguirá un curso triunfal, con tres millones de ejemplares vendidos, traducción a veintidós lenguas y dos adaptaciones filmáticas. El libro disfruta hoy del aura de clásico moderno.

Afortunadamente Vizinczey no se iba a dejar intoxicar por el éxito, y habrían de transcurrir dieciocho años hasta que librara su segunda ficción, *Un millonario inocente*. En esta larga y compleja novela, su autor demuestra mayor oficio, se mueve por un amplio espectro de escenarios (París, Roma, Toledo, Chicago, el Caribe...) y una vez más se pone bajo el patronazgo de sus queridos Stendhal y Balzac. Mark Niven, el joven hijo de un actor semifracasado que se mete entre ceja y ceja hacerse rico encontrando un tesoro en el fondo del mar, tiene todo el encanto, la ingenuidad y la osadía de un Fabricio del Dongo. Y su creador ha dispuesto también para él su mujer madura, su Sanseverina que le hechizará con sus otoñales atractivos femeninos pero que no podrá desviarle de su *idée fixe*, la consecución de diecisiete mil lingotes de oro de un antiguo tesoro español.

Ahí está el gran tema que ahora va a desgarnar Vizinczey (y que toma de Balzac, cuyos personajes bullen siempre bajo el eslogan de *enrichissez-vous*): el poder del dinero, la fascinación por la riqueza, el halo seductor de los millones que lo compran y lo corrompen todo. El bisono Mark Niven le dice al comienzo a su padre que "yo me haré rico sin fastidiar a nadie más que a los peces". Pero su progenitor, mucho más ducho, le advierte que por lo general "la gente se hace rica comiendo vivo al prójimo", y las siguientes quinientas páginas de la novela van a demostrar implacablemente la razón de la tesis paterna. Cualquiera que haya leído *Eugenia Grandet* o *Cesar Biroteau* recordará la sádica fruición con que Balzac muestra cómo los ávidos de dinero o de poder triunfan siempre sobre los corazones puros. Vizinczey ha hecho suya esta lección, y tras permitir que Mark Niven encuentre al fin su tesoro, le pone enseguida a merced de magnates sin escrúpulos y abogados hampones, quienes con una rapacidad sin fisuras, le enseñan de prisa la forma habitual y brutal en que se amasan las fortunas. El catálogo de granujas de postín que llena la segunda parte de la novela es verdaderamente memorable. El tímido y marchante John Vallantine parece escapado de la *Comedia humana* y la astucia con que se *merienda* a su tierno cliente habrían arrancado sin duda a Balzac un "¡bravo!" irreprimible.

La reedición de *En brazos de la mujer madura* y *Un millonario inocente* nos brinda la ocasión de releer a un gran escritor contemporáneo. Las dos son novelas de aprendizaje, dos historias de *coming of age*, en las que Andrés y Mark encaran la crueldad del mundo reaffirmándose en sus propias rebeldías personales. Y ambos por cierto comprueban en sus propias carnes la verdad de aquellas palabras de Laoclos que Vizinczey no se cansa de citar y asumir: "Creedme, madame, la fría tranquilidad, el sueño del alma, la imitación de la muerte, no depara felicidad; sólo las pasiones activas pueden conducir a ella".]



glesa. Por lo demás, dos rasgos en apariencia contradictorios perfilan su carácter: un individualismo inquebrantable y una necesidad instintiva de buscarse maestros. Esta doble condición es detectable en los dos protagonistas principales de sus dos novelas mayores: tanto el Andrés Vajda de *En brazos de la mujer madura* como el Mark Niven de *Un millonario inocente* van a su aire, sólo son fieles a sí mismos y a sus propias utopías, y a la vez anhelan encontrar mentores que les ayuden a desbrozar el camino de la existencia. El joven Vizinczey en su Hungría natal fue discípulo del filósofo marxista Georg Lukács, pero a sus verdaderos maestros los iba a encontrar leyendo. En efecto, Stendhal y Balzac (a los que dedicará entusiásticos ensayos en su colección de textos críticos *Verdades y mentiras en la literatura*, 1986) serán desde muy pronto sus dos modelos formativos, y ambos bañarán tanto su propia biografía como la de sus dos álter ego, Vajda y Niven.

Novelas de aprendizaje, sus protagonistas tienen por objetivo conquistar mujeres y alcanzar la riqueza

zinczey de niño soñaba con ser el primer Papa húngaro. Esta ansiedad de una superidentidad se le manifestará de un modo agudo precisamente en 1957, cuando deja atrás su país invadido por los rusos y se planta en Canadá habiendo de partir de cero. Convencido de tener madera de escritor, el anónimo refugiado húngaro pasará ocho años de travesía del desierto, adiestrándose en el inglés y entregándose a la redacción de unas memorias ficticias de un tal Andrés Vajda, en las que éste cuenta sus experiencias amorosas en el Budapest de posguerra. Cuando en 1964 Vizinczey tiene lista su novela, la pasea por distintas

El escritor húngaro de expresión inglesa Stephen Vizinczey
PATRICIO SIMÓN

ESCRITURAS
Miércoles, 19 septiembre 2007
11 Culturas La Vanguardia